

filosofar por el camino ; pero no halló ninguna fonda en el muelle.

Levantando los ojos logró hallar, por fin, en la esquina de la calle de la Barillerie una gran farola encarnada entre cuyos vidrios temblaba una mustia lucecilla.

Aquella farola pendía, balanceándose, de una vara de hierro muy á propósito, en aquel tiempo de tumultos, para colgar á un enemigo político.

Hoffmann vió estas palabras escritas con letras verdes en los vidrios rojos : Habitaciones en arriendo. Alcobas y gabinetes amueblados.

Llamó apresuradamente á la puerta de la casa, se abrió, y entró á tientas.

Una voz brusca le gritó :

— Cerrad la puerta. Y un gran perro ladrando parecía que le decía además.

— ¡ Cuidado con las piernas !

Arreglado el precio con la posadera y escogido el cuarto, se halló poseedor de una habitación de quince pies de largo y ocho de ancho, gabinete y alcoba á la par, mediante la suma de treinta sueldos por día, que se habían de pagar por la mañana al tiempo de levantarse.

Hoffmann estaba tan contento que pagó quince días de adelanto por temor de que le disputasen la posesión de tan lindo departamento.

Hecho esto, se acostó en una cama bastante húmeda ; bien es verdad que toda cama es cama para un viajero de diez y ocho años.

Y por otra parte, ¿ cómo andarse con rodeos cuando se tiene la dicha de vivir en el muelle de las Flores ?

Además, Hoffmann se acordó de Antonia, y Antonia se le presentó en la imaginación : ahora bien, decid : ¿ no está el paraíso en donde se hallan los ángeles ?

XI

De como estaban cerrados los museos y las bibliotecas y abierta la plaza de la Revolución

La habitación que había de servir de paraíso terrestre á Hoffmann durante quince días tenía, como ya he dicho, una cama, y como digo ahora, una mesa y dos sillas.

Tenía además una chimenea adornada con dos vasos de vidrio azul de flores artificiales. Un genio de la libertad hecho de azúcar aparecía bajo una campana de cristal en que se reflejaba su bandera tricolor y su gorro frigio.

Un candelero de cobre, una vieja rinconera de palo de rosa, y un tapiz del siglo XII en lugar de cortinas, completaban el mueblaje, tal como apareció á los primeros rayos de la luz del día.

Aquel tapiz representaba á Orfeo tocando el violín para rescatar á Euridice, y este violín trajo naturalmente la imagen de Zacarías Werner á la memoria de Hoffmann.

— ¡ Amigo querido ! murmuró nuestro viajero : él está en París, y yo también : casi puedo decir que estamos juntos ; hoy lo veré, ó á más tardar, mañana. ¿ Por dónde empezaré ? ¿ de qué medio me valdré para no perder el tiempo y verlo todo ? Hace muchos días que no veo más que cuadros vivos muy feos ; vamos pues al salón del Louvre, del ex-tirano, y veremos cuadros hermosos de Rubens y de Pussino : vamos pronto.

Y mientras no era tiempo oportuno, se levantó para examinar el cuadro panorámico de su calle.

Un cielo pardusco, nublado, barro negro al pie de los

árboles, una población ocupada y ansiosa de correr, y cierto ruido semejante al rumor de los ríos. He aquí todo lo que vió.

Esto no era muy florido. Hoffmann cerró su ventana, almorzó y salió para ver antes que nada á su amigo Zacarías.

Pero al tomar la dirección de su casa, recordó que Werner no le había escrito jamás las señas del punto en que vivía, y sin lo cual era muy difícil hallarlo.

Hoffmann se encontró con esta dificultad que no era floja.

Pero bien pronto recapacitando, dijo para sí :

— ¡ Qué loco soy ! á Zacarías le gusta todo lo que me gusta á mí : tengo un ardiente deseo de ver cuadros ; él lo tendrá también : por consiguiente ó lo he de hallar á él ó he de dar con sus huellas, yendo al Louvre. ¡ Vamos pues al Louvre !

El Louvre estaba enfrente, y Hoffmann se encaminó en derechura al magnífico edificio.

Pero tuvo el dolor de saber á la puerta que los franceses, desde que eran libres, no tenían la debilidad de ver cuadros pintados por esclavos, y que, aun cuando el ayuntamiento de París no hubiera ya quemado todas las telas en avivar el fuego de las fundiciones de armas, lo cual no era probable, se guardaría muy bien de no sostener con todo aquel aceite á ratones que estaban destinados á ser el alimento de los patriotas, si algún día venían los prusianos á poner sitio á París.

Hoffmann sintió correr el sudor por su frente. El hombre que le hablaba de aquel modo conocía su propia importancia : saludaban mucho á aquel orador.

Supo Hoffmann, por uno de los presentes, que había tenido el honor de estar hablando con el ciudadano Simón, tutor de los *Hijos de Francia* y conservador de los museos nacionales.

— ¡ Y he de quedarme sin ver cuadros ! dijo suspirando ; ¡ ah, qué lástima ! pero á bien que me iré á la biblioteca del difunto rey, y á falta de pintura, veré estampas, medallas y manuscritos, y veré también la tumba de Childerico, padre de Clodoveo, y los globos celeste y terrestre del padre Coronelli.

Cuando Hoffmann llegó á la biblioteca, tuvo el sentimiento de saber que la nación francesa, considerando como origen de corrupción y de barbarie la ciencia y la literatura, había cerrado todos los establecimientos en que conspiraban los llamados sabios y literatos, y esto como medida humanitaria y para ahorrarse el trabajo de guillotinar á aquellos pobres diablos. Por lo demás, aun en los tiempos del tirano, la biblioteca solamente estaba abierta dos días á la semana.

Hoffmann debiera haberse retirado sin ver nada, y aun debiera haberse olvidado de pedir noticias de su amigo Zacarías.

Pero como era perseverante, se obstinó y quiso ver el museo Sainte-Avoie.

Entonces le dijeron que su propietario había sido guillotinado dos días antes.

Se fué hasta el Luxemburgo ; pero vió que este palacio se había convertido en cárcel.

Falto ya de fuerzas y de ánimo, recobró el camino de su casa para que descansasen un poco sus piernas, para pensar en Antonia y en Zacarías y para fumar á solas un relleno de pipa que le durase dos horas.

Pero, ¡ oh prodigio ! el muelle de las Flores, tan desierto y tranquilo, estaba entonces henchido de gente que se movía y gritaba del modo más inarmónico.

Como Hoffmann era bajo de cuerpo más bien que alto, no veía nada por encima de los hombros de aquella gente, con cuyo motivo se apresuró á abrirse paso con sus codos puntiagudos, para entrar en su casa.

Llegó y se asomó á la ventana.

Todas las miradas se volvieron al punto hacia él, y se turbó por un momento, viendo que había muy pocas ventanas abiertas: pero la curiosidad de la multitud se dirigió en seguida á otro punto muy diferente, y Hoffmann hizo lo mismo que los curiosos, y miró al porche de un gran edificio oscuro y de techos agudos, cuyo campanario aparecía por encima de una gran torre cuadrada.

El joven llamó á la posadera.

— Ciudadana, le dijo, os suplico que me digáis qué edificio es aquél.

— El palacio, ciudadano.

— ¿Y qué se hace en ese palacio?

— ¿En el palacio de la justicia? se juzga.

— Yo creía que no había ya tribunales.

— Sí, por cierto: hay el tribunal revolucionario.

— ¡Ah! es verdad... y toda esa gente...

— Está esperando la llegada de las carretas.

— ¡Cómo! ¿carretas? No entiendo bien; perdonad; soy extranjero.

— Ciudadano, las carretas son una clase de carruajes en que van los condenados á muerte.

— ¡Ah! ¡Dios mío!

— Sí; por la mañana vienen los presos para que los juzgue el tribunal revolucionario; á las cuatro están ya sentenciados, y se les mete en las carretas, ocupadas de antemano por Fouquier con este objeto.

— Y ¿qué es ese ciudadano Fouquier?

— Acusador público.

— Muy bien; ¿y después?

— Después, las carretas se van á la plaza de la Revolución, donde está constantemente la guillotina.

— ¿De veras?

— ¡Pues qué! ¿habéis salido á la calle y no habéis

ido á ver la guillotina? Pues si es lo primero que van á ver los extranjeros en cuanto llegan, porque, según parece, los franceses somos los únicos que la tenemos.

— Os doy la enhorabuena, señora.

— Decid, ciudadana.

— Dispensad.

— Mirad, ya llegan las carretas...

— ¿Os retiráis, ciudadana?

— ¡Oh! *ya* no me gusta ver eso.

Y la posadera se retiró.

Hoffmann la cogió suavemente por un brazo, y le dijo:

— Permitidme que os haga una pregunta.

— ¿Qué deseáis saber?

— ¿Por qué decís que no os gusta *ya* ver eso? yo hubiera dicho solamente, no me gusta.

— He aquí el motivo, ciudadano. Al principio se guillotinaba á aristócratas muy picaros, según parece... Aquella gente llevaba la cabeza tan levantada, y tenían un aspecto tan insolente y tan provocador, que la compasión no venía fácilmente á humedecer nuestros ojos; así es que se miraba con gusto. Era hermoso el espectáculo de la lucha que entablaban los animosos enemigos de la nación; pero un día vi subir á la carreta á un anciano, cuya cabeza daba contra sus tablones. Aquello causaba lástima. Al día siguiente, vi que había unas religiosas: otro día vi un niño de catorce años; y en fin, vi una vez á una joven en una carreta y á su madre en otra, y aquellas dos pobres mujeres se arrojaban besos sin decirse una palabra. Estaban tan pálidas; tenían una mirada tan sombría; una sonrisa tan fatal en los labios; sus dedos, que se movían solamente para sacar el beso de su boca, estaban tan trémulos y eran tan blancos, que jamás podré olvidar tan horrible espectáculo, y he jurado además que jamás le volveré á ver.

— ¡ Ah ! exclamó Hoffmann alejándose de la ventana ;
¿ eso ha sucedido ?

— Sí, ciudadano ; ¿ pero qué estáis haciendo ?

— Cerrando la ventana.

— ¿ Para qué ?

— Para no ver.

— ¡ Vos ! ¡ un hombre !

— Mirad, ciudadana ; he venido á París para estudiar las artes y respirar el aire libre ; pero si por desgracia viese uno de esos espectáculos de que me acabáis de hablar, si viese á una joven, soltera ó casada, conducida á la muerte y suspirando por la vida, pensaría en mi amada, que tal vez... No, ciudadana ; no puedo permanecer en esta habitación : ¿ tenéis alguna vacía en el otro lado de la casa ?

— ¡ Silencio ! ¡ desgraciado ! estáis hablando en voz muy alta, y si mis officiosos os oyen.....

— ¿ Qué officiosos son esos ?

— Officioso es el sinónimo republicano de criado.

— ¿ Y qué ? si me oyesen vuestros criados, ¿ qué sucedería ?

— Que podría veros desde esta ventana, dentro de cuatro ó cinco días, subir á una carreta á las cuatro de la tarde.

La buena mujer, después de haber dicho esto, no sin mucho misterio, bajó precipitadamente la escalera : Hoffmann la imitó.

Salió de la casa resuelto á todo con tal de huir del espectáculo popular.

Cuando llegó á la esquina, brilló el sable del gendarme, se movió aquella turba, lanzó gritos y se echó á correr.

Hoffmann, corriendo también lo más que podía, llegó á la calle de San Dionisio, en la cual se metió como un loco ; dió, como el corzo, muchas vueltas por diferentes

callejuelas, y desapareció en aquel dédalo de calles que hay entre el muelle de la Ferraille y los mercados.

Respiró, por fin, cuando se vió en la calle de la Ferronnerie, donde, con la sagacidad del poeta y del pintor, adivinó cuál era el sitio célebre por el asesinato de Enrique IV.

Después, andando y buscando, llegó al centro de la calle de Saint-Honoré : por donde quiera que pasaba veía que se cerraban las tiendas. Hoffmann admiraba, sin embargo, la tranquilidad de aquel barrio : no sólo se cerraban las tiendas, sino que se cerraban hermética y absolutamente algunas ventanas, tan á un mismo tiempo, que no parecía sino que se había dado una señal.

Pronto comprendió aquella maniobra : vió que los coches de alquiler se volvían atrás y tomaban las calles laterales ; oyó galopar unos caballos y vió que venían gendarmes, y detrás de ellos, por entre las brumas del crepúsculo de la tarde, divisó un confuso y horroroso conjunto de harapos, brazos levantados, picas blandidas y ojos llameantes.

Y en medio de todo esto una carreta.

De aquel torbellino que se le acercaba sin que pudiera esconderse ni huir, oyó salir gritos tan agudos y lamentables, que nada había llegado más horroroso nunca á sus oídos.

En la carreta había una meger vestida de blanco : los gritos salían de los labios, del alma, de todo el cuerpo de aquella mujer.

Hoffmann sintió que le flaqueaban las piernas, y cayó en el hueco de una puerta, quedando pegada su cabeza á sus batientes no muy unidos, por la precipitación con que se había cerrado.

La carreta llegó en medio de un cortejo de bandidos y mujeres asquerosas, que eran sus satélites ordinarios ; pero, ¡ cosa extraña ! Aquellas heces de la sociedad no

bullían; aquellos reptiles no graznaban, y la víctima era la única en agitarse y torcerse entre los brazos de dos hombres, y en chillar pidiendo socorro al cielo, á la tierra, á las personas y á las cosas.

Hoffmann oyó de repente por la hendidura de la puerta estas palabras, pronunciadas tristemente por la voz de un hombre joven todavía:

— ¡Infeliz Dubarry! ¡también tú!

— ¡Mad. Dubarry! exclamó Hoffmann; ¡es ella, es ella, la que va en esa carreta!

— Sí, señor; respondió la voz baja y doliente al oído del viajero, tan al oído que sintió al través de la puerta el aliento caliente de su interlocutor.

La pobre Dubarry estaba en pie y pegada al suelo movedizo de la carreta: sus cabellos castaños, orgullo de su hermosura, habían sido cortados por la nuca; pero caían por las sienes en largas guedejas mojadas por el sudor: la desgraciada mujer, tan hermosa con sus grandes ojos trastornados y su boca, demasiado pequeña para los gritos horrorosos que lanzaba, sacudía de vez en cuando su cabeza con un movimiento convulsivo, para separar de su rostro los cabellos que lo cubrían.

Cuando pasó por delante del hueco en que Hoffmann se hallaba rendido y postrado, gritó: ¡Socorro! ¡salvame! jamás he hecho daño, ¡socorro! y estuvo á punto de tirar al suelo al ayudante del verdugo que la sujetaba.

Aquel grito, que pedía socorro, resonaba incesantemente en medio del más profundo silencio por parte de aquellas furias, que acostumbradas á insultar á los condenados valientes y animosos, se sentían conmovidas por la irresistible vehemencia del espanto de una mujer; conocían que sus gritos no hubieran conseguido ahogar los de la víctima, y temían aumentar aquella fiebre que rayaba en locura, y llegaba al sublime de lo terrible.

Hoffmann se levantó sin sentir el corazón en el pecho, y se puso á correr detrás de la carreta como todos los demás: sombra nueva que iba á aumentar la procesión de espectros, que formaba la última comitiva de la favorita real.

Mad. Dubarry, al verle, gritó otra vez:

— ¡La vida! ¡la vida! ¡Doy todos mis bienes á la nación! ¡Caballero, salvadme!

— ¡Oh! dijo el joven para sí; ¡me ha hablado! ¡esa infeliz mujer, cuyas miradas valían tanto, cuyas palabras no tenían precio, esa mujer me ha hablado!

Se detuvo. La carreta acababa de llegar á la plaza de la Revolución. En la sombra, aumentada por la fría lluvia, Hoffmann no distinguió más que dos objetos; uno blanco: era la víctima; otro encarnado: era el cadalso.

Vió después á los verdugos que arrastraban por la escalera el manto blanco: vió á aquel bulto, atormentado con la resistencia, describir un arco, y luego, de repente, y en medio de horribles gritos, vió á la pobre mujer perder el equilibrio y caer sobre la báscula.

Hoffmann la oyó gritar: Perdón, señor verdugo; un minuto siquiera, señor verdugo... Y no hubo más: la cuchilla cayó lanzando un relámpago amarillento.

Hoffmann se fué á dar vueltas por los fosos que rodean la plaza.

¡Cuadro magnífico para un artista que venía á buscar en Francia impresiones é ideas!

Dios acababa de mostrarle el cruelísimo castigo de la que había contribuido á perder la monarquía.

La muerte cobarde de la Dubarry, le pareció que era su absolución: ¡creía que aquella mujer no había sido orgullosa, supuesto que no había sabido morir! Saber morir, ¡ay! en aquel tiempo, era la suprema virtud de los que no habían conocido más que el vicio durante su vida.

Hoffmann observó aquel día que si hubiera venido á Francia para ver cosas extraordinarias, hubiera logrado el objeto de su viaje.

Entonces, consolado un poco por la filosofía de la historia, dijo para sí :

— Aun me queda el teatro : ¡ vamos al teatro ! Bien sé que después de la actriz que acabo de ver, las actrices de la ópera ó de la tragedia no me llamarán apenas la atención ; pero seré indulgente. No se puede pedir mucho á mujeres que se mueren sólo para reirse. Pero antes, procuraré tomar bien las señas de esta plaza para no poner más los pies en ella.

XII

El juicio de Paris

Hoffmann era hombre de transiciones violentas, y le era necesario después de ver al pueblo tumultuoso agrupado alrededor del cadalso, y el cielo sombrío y la sangre, ver también el resplandor de las arañas, la multitud gozosa, las flores, y en una palabra, la vida. No estaba muy seguro de que el espectáculo que acababa de presenciarse se borraría de su pensamiento con este recurso ; pero quiso á lo menos distraer sus miradas, y cerciorarse de que había personas todavía en el mundo que vivían y se reían.

Encaminóse, pues, hacia el teatro de la ópera y llegó sin saber cómo había llegado : su determinación había ido delante de él y él la había seguido, como el ciego á su perro, mientras su pensamiento viajaba por opuesto

camino, al través de impresiones enteramente contrarias.

La multitud no era menos numerosa en el bulevar en que se hallaba entonces el teatro de la ópera, que es el mismo sitio en que se halla hoy el de la Puerta de San Martín.

Hoffmann se paró ante aquella multitud y miró el cartel.

La función de aquella noche era *El Juicio de Paris*, baile pantomimico en tres actos, compuesto por Mr. Gardel, hijo del maestro de baile de María Antonieta, y que llegó á ser después maestro de baile del emperador.

— ¡ *El Juicio de Paris* ! murmuró el poeta mirando con fijeza el cartel, como para grabar en su espíritu, con el auxilio de los ojos y del oído, la significación de las tres palabras : *Juicio de Paris*.

Y mientras más repetía las sílabas que componían el título del baile, más vacías de sentido le parecían : tanto trabajo le costaba el desechar de su pensamiento los terribles recuerdos que le ocupaban, para dejar sitio en él al asunto que Mr. Gardel había tomado de la Iliada de Homero.

¡ Qué época tan rara era aquella en que se podía ver, dentro de un mismo día, una condenación por la mañana, una ejecución á las cuatro de la tarde, un baile por la noche y aun á veces la prisión de uno mismo, después de haber experimentado tan diversas sensaciones !

Hoffmann vió que si otra persona no le decía qué función era, se quedaría sin saberlo, ó se volvería quizás loco delante del cartel.

Con este motivo se acercó á un hombre gordo que tenía á su mujer del brazo y formaba á la cola de aquel enjambre de gente, porque en todos tiempos han tenido

la manía los hombres gordos de formar á la cola con sus mujeres, y le preguntó :

— Caballero, ¿ qué función hay esta noche ?

— ¿ Pues no lo estáis viendo en el cartel ? respondió el gordo : *El Juicio de París*.

— El Juicio de París... repitió Hoffmann, ¡ ah !... sí, el Juicio de París; ya sé lo que es !

El hombre gordo miró á su preguntón y se alzó de hombros con cierto ademán despreciativo y como extrañando que un joven, en aquellos tiempos tan dados á la mitología, pudiera olvidar, aun cuando no fuera más que por un momento, lo que era el Juicio de París.

— ¿ Queréis la explicación del baile, ciudadano ? dijo un vendedor de libretos acercándose á Hoffmann.

— Sí, dádmela.

De este modo adquiriría nuestro héroe una prueba más de que iba al baile, prueba de que tenía necesidad.

Abrió el libreto y le echó los ojos encima.

Este libreto estaba impreso con mucha elegancia en muy buen papel blanco, y adicionado con un prólogo del autor.

— ¿ Qué cosa tan maravillosa es el hombre ! pensaba Hoffmann mirando las pocas líneas de que se componía el prólogo, líneas que no había leído todavía y que iba á leer ; ¡ cómo, aun cuando forme parte de la masa común de los hombres, camina solo, egoísta é indiferente, por la senda de su interés y de su ambición ! He aquí un hombre que ha dado su baile en el teatro el día 5 de marzo de 1793, es decir, seis semanas después de la muerte del rey, seis semanas después de uno de los mayores acontecimientos que ha visto el mundo, y sin embargo, el día en que se ha dado ese baile en el teatro ha tenido emociones particulares en medio de las emociones generales ; ha sentido latir con vehemencia su corazón cuando lo han aplaudido, y si en tal momento

hubieran ido á hablarle del acontecimiento que estremecía al mundo, y le hubieran nombrado á Luis XVI, hubiera exclamado : ¿ Quién es ese Luis XVI ? Y luego, como si desde el día en que presentó su baile al público, no hubiera pensado el mundo más que en aquella novedad coreográfica, le ha puesto un prólogo á la explicación de su baile. Vamos ; leamos el tal prólogo ; veamos si ocultando la fecha del día en que se ha escrito, hallo sin embargo la huella de los sucesos que pasaban al mismo tiempo.

Hoffmann puso los codos en la balaustrada del teatro y leyó lo siguiente :

« Siempre he observado en los bailes de acción, que » la variedad y agrado de las decoraciones y de las diversiones, es lo que atrae más gente y más entusiastas » aplausos. »

— Preciso es confesar que este hombre ha hecho una observación muy curiosa, dijo Hoffmann para sí, no pudiendo menos de reirse al leer aquella novedad. ¿ Conque ha observado que lo que produce más concurrencia y aplausos es la variedad y agrado de las decoraciones y de las diversiones ? ¿ Qué lisonjero debe ser esto para MM. Haydn, Pleyel y Mehul, que han compuesto la música del *Juicio de París* ! continuemos.

« En consecuencia de esta observación, busqué asunto á propósito para que el teatro de la Opera pudiera hacer ostentación de los grandes recursos que ella sola puede disponer en materia de bailes, y al mismo tiempo me permitiese extender las ideas que la casualidad pudiera presentarme. La historia poética es el terreno inagotable que el maestro de baile debe de cultivar ; es un terreno en que no faltan espinas ; pero ha de saber separarlas para no coger más que las rosas. »

— ¡ Ah ! ¡ qué frase tan linda ! debía ponerse en un marco dorado, exclamó Hoffmann. ¿ Solamente en Francia

se escriben estas cosas! Y se puso á mirar el libreto, preparándose á continuar tan interesante lectura, que empezaba á ponerle de buen humor; pero su espíritu, distraído por un momento, había vuelto poco á poco al punto en que antes estaba, y las letras desaparecieron ante los ojos del preocupado joven, dejó caer la mano en que tenía la descripción del baile, fijó los ojos en un punto del espacio, y murmuró:

— ¡Pobre mujer!

Era que la sombra de Mad. Dubarry pasaba otra vez por su memoria.

Meneó vivamente la cabeza como para desechar de su imaginación tan sombría realidad, y metiéndose en el bolsillo el libreto de Mr. Gardel, compró una localidad y entró en el teatro.

El teatro estaba lleno de gente y espléndido en flores, piedras, sedería y hombros desnudos. En él había un susurro inmenso, susurro de mujeres perfumadas, de frases frívolas, semejante al ruido que harían mil moscas encerradas en un globo de papel; susurro compuesto de esas palabras que dejan en el espíritu la misma huella que las mariposas en los dedos de los niños que las cogen, y dos minutos después, no sabiendo qué hacer con ellas, levantan las manos y les devuelven su libertad.

Hoffmann tomó asiento en la orquesta, dominado por la atmósfera ardiente del teatro, se llegó á creer por un momento que estaba allí desde por la mañana, y que la muerte sombría que miraba sin cesar en su pensamiento, era una pesadilla y no una funesta realidad. Su memoria, que á semejanza de la de todos los hombres, tenía dos espejos ustorios, el del corazón y el de la cabeza, volvió por la natural graduación de las impresiones gozosas, hacia la hermosa niña que estaba en Manheim, y cuyo medallón sentía latir, como si fuera otro corazón, sobre

los latidos del suyo. Miró á todas las mujeres que le rodeaban, aquellos hombros blancos, aquellos rubios ó negros cabellos, aquellos brazos suaves y redondos, aquellas manos que jugaban con las varillas de los abanicos, ó aseguraban, no sin coquetería, los adornos de flores en sus cabezas, y se sonrió pronunciando el nombre de Antonia, como si este nombre hubiera bastado para hacer que desapareciese toda comparación entre la que así se llamaba y las mujeres que allí veía, y para trasladarlo á un mundo de recuerdos mil veces más deliciosos y embriagadores que todas aquellas realidades por más hermosas que fuesen. Después, como si esto no hubiera sido bastante, y como si hubiera temido que el retrato que, á pesar de la distancia le trazaba su pensamiento, se borrara en las regiones ideales en que había aparecido, Hoffmann se metió disimuladamente la mano en el pecho y cogió el medallón, como una niña temerosa coge un pájaro en su nido, y después de haberse cerciorado de que nadie lo veía y de que nadie podía empañar con una mirada la agradable imagen que tomaba en su mano, sacó muy despacio el retrato de su amada, lo alzó á la altura de los ojos, lo adoró por un instante, lo aplicó piadosamente á sus labios, y lo ocultó de nuevo poniéndoselo junto al corazón, sin que nadie pudiera adivinar la alegría de que acababa de gozar aquel espectador joven, de cabellos negros y de tez pálida con meterse la mano en el chaleco.

En aquel momento daba la señal el director, y empezaron á correr alegremente por la orquesta las primeras notas de la abertura, como aves que cantan en un bosque.

Hoffmann se sentó y, procurando estar atento como los demás, abrió sus oídos á la música.

Pero aun no habían pasado cinco minutos y ya ni escuchaba ni quería oír. Hoffmann no podía fijar su atención

en aquella música, y mucho menos oyéndola por duplicado, pues uno que estaba cerca de él, y que sin duda asistía con frecuencia á aquel teatro y era admirador de MM. Haydn, Pleyel y Mehul, acompañaba con un semitono de falsese y con gran exactitud sus diferentes melodías. El dileitante unía al acompañamiento de boca otro acompañamiento de dedos, dando, acompasadamente y con mucha destreza, golpecitos con sus largas y afiladas uñas en la caja de tabaco que tenía en la mano izquierda.

Hoffmann, curioso por hábito, como lo son naturalmente todos los observadores, se puso á examinar á aquel personaje, que se había arreglado para sí mismo una orquesta particular ingiriéndola al mismo tiempo en la orquesta general.

El personaje merecía efectivamente ser observado.

Figuraos un hombrecillo con casaca, chaleco y calzónes negros, camisa y corbata blanca; pero de una blancura tan exagerada que lastimaba la vista casi tanto como el reflejo argentado de la nieve. Poned hasta la mitad de sus manos, tan delgadas y blancas como la cera y que se destacaban sobre el negro del pantalón, como si estuvieran alumbradas por dentro, unos puños de finísima batista plegados con el mayor cuidado y flexibles como las hojas del lirio, y tendréis el conjunto de su cuerpo. Mirad ahora la cabeza y miradla como la miraba Hoffmann: es decir, con curiosidad y admiración. Figuraos un rostro ovalado, con frente tan pulida como el marfil, y cabellos pocos y leonados, que aparecían de distancia en distancia como copos de zarzas en una llanura: suprimid las cejas, y en el sitio en que debieran de estar haced dos agujeros en los que pongáis dos ojos fríos como si fueran de vidrio, casi siempre fijos en su mirada, y que se crean tanto más inanimados cuanto más se busque en ellos el punto luminoso que Dios ha puesto en los ojos como una centella del fuego de la vida. Sean

estos ojos azules como el zafiro; pero no tengan suavidad ni aspereza; que vean en buen hora; pero que no miren. Colocad, en fin, en esa cara una nariz seca, larga, delgada y puntiaguda, una boca pequeña y con labios entreabiertos mostrando unos dientes, no blancos, sino del mismo color ceroso que el cutis, como si hubiesen tomado aquel color por una infiltración de sangre pálida; una barba acababa en punta y afeitada con el mayor esmero, pómulos salientes, y carrillos tan huecos que en ellos quepa una nuez, y tendréis una imagen de los rasgos característicos del espectador que se hallaba cerca de Hoffmann.

Aquel hombre podría tener lo mismo cincuenta años que treinta. Aun cuando hubiese tenido ochenta, no era cosa digna de admiración, y aun cuando no hubiera tenido más que doce, nadie lo hubiera creído inverosímil. No parecía sino que había venido al mundo tal como estaba. Es indudable que jamás había sido más joven, y era imposible que pareciese más viejo.

El que hubiera tocado su piel, hubiera experimentado probablemente la misma sensación de frío que si hubiera tocado la piel de una serpiente ó de un muerto.

Pero le gustaba mucho la música.

De vez en cuando se estiraba su boca bajo la presión de la voluptuosidad melófila, y tres pliegues idénticos á cada lado describían un semicírculo en la extremidad de sus labios donde permanecían cinco minutos, desapareciendo después gradualmente como los círculos que hace una piedra cuando cae en el agua, que se van extendiendo siempre hasta que se confunden con la superficie.

Hoffmann no se cansaba de mirar á aquel hombre que veía que lo observaban, pero que no por eso se movía. Su inmovilidad era tal, que nuestro poeta, que ya en aquella época tenía el germen de la imaginación que

había de producir después el *Coppelius*, apoyó ambas manos en el respaldo del sillón que tenía delante, inclinó su cuerpo y volviendo la cabeza hacia la derecha, trató de ver de frente al que todavía no había visto más que de perfil.

El hombrecillo miró á Hoffmann sin admirarse; le sonrió, le hizo un saludito amistoso y siguió fijando los ojos en un punto, invisible para cualquiera menos para él, y acompañando á la orquesta.

— Es cosa rara, dijo Hoffmann volviéndose á acomodar en su asiento; hubiera apostado á que no estaba vivo.

Y como si no se hubiera convencido, al verle mover la cabeza, de que todo su cuerpo estaba animado, dirigió otra vez la vista á las manos de aquel personaje. Una cosa le llamó entonces la atención, y fué que sobre la caja de tabaco que tenía entre las manos y que era de ébano, brillaba una cabeza muerta de diamante.

Todo tenía aquel día colores fantásticos á los ojos de Hoffmann; pero estaba resuelto á comprenderlo todo, y repitiendo el movimiento que había hecho antes, miró con tal atención aquella caja, que sus labios casi tocaban las manos del que la tenía.

El hombre, objeto de tanta curiosidad, viendo que su caja despertaba tanto el interés de su vecino, se la dió silenciosamente para que pudiese mirarla con toda facilidad.

Hoffmann la tomó, le dió mil y mil vueltas, y después la abrió.

¡Dentro había tabaco!

[XIII]

Arsenia

Hoffmann devolvió á su dueño la caja, después de haberla examinado, dándole las gracias con un movimiento de cabeza, al que respondió el propietario con un movimiento no menos cortés, pero aun más silencioso, si esto era posible.

Vamos á ver si habla, calculó Hoffmann para sí, y volviéndose hacia él, le dijo:

— Os ruego que me dispenséis, caballero; porque me ha llamado mucho la atención el ver una cabeza muerta, hecha de diamantes y puesta como adorno en una caja de tabaco.

— En efecto, creo que es la única en su clase, respondió el desconocido con una voz metálica cuyo sonido se parecía mucho al ruido de las monedas de plata cuando se apilan unas sobre otras; me la han dado unos jóvenes herederos, reconocidos al cuidado y esmero con que asistí á su padre.

— ¿Sois médico?

— Sí, señor.

— Y habréis curado al padre de esos jóvenes

— No, señor; hemos tenido el sentimiento de perderlo.

— Ya comprendo la palabra: reconocimiento.

El médico se echó á reír.

Sus respuestas no le estorbaban para seguir tarareando, y sin dejar de hacerlo, continuó:

— Sí, creo que maté á ese viejo.

— ¿Cómo que lo matasteis?